

ESCENA IX

ARGAN, BERALDO, TOÑETA (ésta se ha quitado tan de prisa su ropón de médico que resulta difícil creer que sea ella misma la que vino disfrazada).

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Argán.- ¿Cómo?

Toñeta.- ¿No me llamasteis?

Argán.- ¿Yo? No.

Toñeta.- Deben haberme engañado los oídos.

Argán.- Quédate para notar mejor tu semejanza con ese médico.

Toñeta.- Tengo trabajo y le he visto de sobra.

Argán.- De no ver a los dos me parecerían el mismo.

Beraldo.- He leído cosas pasmosas sobre tal clase de semejanzas y en nuestra época hemos visto una que a todos engañaba.

Argán.- Pues yo me habría engañado en ésta y jurado que era la misma.

ESCENA X

TOÑETA, vestida de médico, ARGAN, BERALDO

Toñeta.- Os pido sincero perdón de mi momentánea ausencia.

Argán.- ¡Oh, admirable parecido!

Toñeta.- Espero que os plazca no encontrar mal la curiosidad que he tenido de visitar a enfermo tan ilustre como vos. Vuestra reputación, que por doquier se extiende, puede excusar la libertad que me tomo.

Argán.- Tenedme, señor, por servidor vuestro.

Toñeta.- Notó que me miráis muy fijamente, ¿Qué edad me atribuis?

Argán.- Creo que tendréis, a lo sumo veintiséis o veintisiete años.

Toñeta.- ¡Ja, ja, ja! Tengo noventa.

Argán.- ¿Noventa?

Toñeta.- Sí. Es efecto de los secretos de mi arte el conservarme lozano y vigoroso.

Argán.- Por mi fe que para noventa años estáis muy bien y muy joven.

Toñeta.- Soy médico ambulante, que voy de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, de reino en reino, buscando materias insignes y dignas de mi capacidad, esto es, enfermos apropiados a mis actividades, e idóneos para aplicarles los grandes y hermosos secretos que yo he descubierto en la medicina. Desdeño el ocuparme en el minúsculo fárrago de las enfermedades ordinarias, como son esas -- naderías de catarrros y flujos, fiebrecillas, vapores y jaquecas. Yo quiero enfermedades importantes: buenas -- fiebres continuas con delirio, buenas fiebres eruptivas, buenas pestes, buenas hidropesías ya formadas, buenas -- pleuresías con inflamación del pecho. En éstas me complazco, en éstas triunfo, y quisiera, señor, que tuvieseis -- todas las dolencias que acabo de enumeraros, que os hallaseis desahuciado por todos los médicos, desesperado y agonizante, para mostraros la excelencia de mis remedios y el deseo que tengo de servirlos.

Argán.- Mucho os agradezco, señor, las bondades que mostráis conmigo.

Toñeta.- ¡A ver vuestro pulso! Ya haremos que marche como debe. Ea, os dejaré como nuevo. Este pulso se muestra impertinente, pero sosegaos, pulsillo, que aún no me conocéis. ¿Quién es vuestro médico, señor?

Argán.- El doctor Purgón.

Toñeta.- ¿Purgón? No figura su nombre entre los grandes médicos de mis registros. ¿De qué dice que estáis enfermo?

Argán.- Del hígado.

Toñeta.- ¡Oh, ignorante! De lo que adolecéis es del pulmón.

Argán.- ¿Del pulmón?

Toñeta.- Sí. ¿Qué soléis sentir?

Argán.- Dolores de cabeza de vez en cuando.

Toñeta.- Justo: el pulmón.

Argán.- A veces me parece tener un velo ante los ojos.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Y noto dolores en el corazón, en ocasiones.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Lasitud en todos los miembros.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Y a veces dolores de vientre, como si me asaltase un cólico.

Toñeta.- El pulmón. ¿Coméis con apetito?
 Argán.- Sí, señor.
 Toñeta.- El pulmón. ¿Os gusta beber un poco de vino?
 Argán.- Sí, señor.
 Toñeta.- El pulmón. ¿No os acomete somnolencia después de comer y no os huelga entonces dormir?
 Argán.- Potajes.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Volatería.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Ternera.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Caldos.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Huevos frescos.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Por la noche ciruelas pasas para laxar el vientre.
 Toñeta.- ¡Ignorante!
 Argán.- Sobre todo me recomienda que beba el vino muy aguado.
 Toñeta.- Ignorantus, ignoranta, ignorantum. Habéis de beber el vino puro, y para espesar vuestra sangre, que es muy -- clara, debéis comer buen buey, buen puerco, buen queso de Holanda, pan de flor, arroz, castañas y barquillos, a fin de aglutinar y unir. Vuestro médico es un torpe. Yo os mandaré uno bien escogido y yo mismo os visitaré de vez en cuando, mientras esté en la ciudad.
 Argán.- Os lo agradezco mucho.
 Toñeta.- ¿Para qué diantre queréis este brazo?
 Argán.- ¿Eh?
 Toñeta.- En vuestro lugar me lo haría amputar muy luego.
 Argán.- ¿Por qué?
 Toñeta.- Porque atrae a sí toda la nutrición e impide a este lado que la aproveche.
 Argán.- Pero el brazo me es necesario.
 Toñeta.- También tenéis un ojo derecho que yo, en vuestro lugar, me haría extraer.
 Argán.- ¿Extraer un ojo?

Toñeta.- ¿No veis que incomoda al otro y le roba su sustento? Creedme y hacéoslo sacar pronto; así veréis mejor con el ojo izquierdo.
 Argán.- Eso no es urgente.
 Toñeta.- Adiós. Lamento dejaros tan pronto, pero he de asistir a una gran junta médica que se hace a propósito de un hombre que murió ayer.
 Argán.- ¿A propósito de un hombre que murió ayer?
 Toñeta.- Sí, para ver qué pudiera haberse hecho a efecto de curarle. Hasta la vista.
 Argán.- Excusad que no os acompañe a la puerta. Ya sabéis que se dispensa de ello a los enfermos.
 Beraldo.- En verdad este médico me parece muy experto.
 Argán.- Sí, pero se apresura demasiado.
 Beraldo.- Todos los grandes médicos son así.
 Argán.- ¡Cortarme un brazo y sacarme un ojo en beneficio de los -- que queden! Prefiero que no se beneficien tanto y no ver me manco y tuerto.

ESCENA XI

TONETA, ARGAN, BERALDO

Toñeta.- ¿Sabéis, señor, que estoy enfadada?
 Argán.- ¿Qué os pasa?
 Toñeta.- ¡Pues no me quería tomar el pulso ese médico!
 Argán.- ¡Parece mentira! ¡a los noventa años!
 Beraldo.- Oíd, hermano: puesto que Purgón ha reñido con vos, -- ¿me dejáis que os hable del partido que a vuestra hija -- se le ofrece?
 Argán.- No, hermano. La recluiré en un convento, ya que se ha -- opuesto a mi voluntad. Ya veo que en el fondo de esto -- hay un amorío, y he descubierto cierta entrevista secreta que nadie sabe que yo conozco.
 Beraldo.- Y aunque hubiese alguna inclinacioncilla, ¿sería ello -- ofensivo y criminal? No, si tiende a cosa honesta, como el casamiento.
 Argán.- En todo caso, hermano, Angélica será religiosa. Es cosa resuelta.

Beraldo.- Lo hacéis por complacer a alguien.
 Argán.- Os entiendo. Volvéis siempre a lo mismo. Tenéis atra-
 vesada en el alma a mi mujer.
 Beraldo.- Cierto es, hermano. Si he de hablar con franqueza, a
 vuestra mujer me refiero, y así como no sufro vuestra -
 obstinación en la medicina, tampoco sufro lo obstinado
 que estáis con vuestra esposa, y no puedo ver con pacien-
 cia que os precipitéis de cabeza en cuantas asechanzas
 os tiende.
 Toñeta.- No habléis de la señora, señor. Es mujer irreproachable,
 mujer sin artificio, mujer sobre cuyo amor por el señor
 no hay nada que decir.
 Argán.- Cuéntale cómo me halaga.
 Toñeta.- Es verdad.
 Argán.- La inquietud que mi enfermedad le causa.
 Toñeta.- Justamente.
 Argán.- Los cuidados y penas que se toma por mí.
 Toñeta.- Exacto. (A Beraldo.) ¿Queréis que ahora mismo os conven-
 za de cómo la señora ama al señor? Dejadme, señor, que -
 muestre a vuestro hermano su desconocimiento y yerro.
 Argán.- ¿Cómo?
 Toñeta.- La señora vuelve ahora. Extendeos en vuestro sillón, --
 fingiendo estar muerto. Veréis cuánto será su dolor cuan-
 do yo le dé esa nueva.
 Argán.- Consiento.
 Toñeta.- Pero no la tengáis mucho tiempo en su congoja, porque -
 podría costarle la vida.
 Argán.- No te inquietes y déjame hacer.
 Toñeta.- (a Beraldo).- Ocultaos en ese rincón.
 Argán.- ¿No habrá algún peligro en fingirse muerto?
 Toñeta.- No. ¿Qué peligro puede haber? Tendeos, tendeos. (Alarga
 el respaldo extensible del sillón y dice a Argán en voz
 baja.) Será placentera de ver la confusión de vuestro --
 hermano. Ya entra la señora. No os mováis.

ESCENA XII

Los mismos y BELINA

Toñeta (Llorando).- ¡Ay, Dios mío, qué desgracia! ¡Qué horrible
 accidente!
 Belina.- ¿Qué ocurre, Toñeta?
 Toñeta.- ¡Ay, señora!
 Belina.- ¿Qué hay?
 Toñeta.- Vuestro esposo ha muerto.
 Belina.- ¿Muerto?
 Toñeta.- ¡Ay, sí! El pobre difunto ha fallecido.
 Belina.- ¿De verdad?
 Toñeta.- De verdad, Nadie lo sabe aún, porque yo estaba sola cuan-
 do se produjo el caso. El señor acaba de morir entre --
 mis brazos. Vedlo tendido en su sillón.
 Belina.- ¡Loado sea el cielo, que de tan gran carga me libra! ¡Cuán
 tonta eres, Toñeta, afligiéndote de esta muerte!
 Toñeta.- Cref, señora, que era ocasión de llorar.
 Belina.- ¡Bah, no merece la pena! ¿Qué se pierde con él y de qué
 serya en la Tierra? Un hombre molesto para todos, sucio,
 desagradable, siempre con una medicina o una lavativa en
 el vientre, sonándose, tosiendo, escupiendo sin cesar, -
 sandio, enfadoso, malhumorado, incomodando de continuo a
 la gente y gruñendo siempre a criados y criadas.
 Toñeta.- ¡Hermosa oración fúnebre!
 Belina.- Debes, Toñeta, ayudarme a ejecutar mi designio. Da tu -
 recompensa por segura. Puesto que por fortuna nadie ha
 advertido el lance aún, llevemos al muerto a su lecho,
 y ocultemos su fallecimiento hasta que yo haya ejecutado
 cierto asuntillo. Hay un dinero y papeles de que necesi-
 to apoderarme, pues no es justo que haya pasado yo sin -
 fruto mis mejores años junto a este hombre. Ante todo,
 Toñeta, apoderémonos de sus llaves.
 Argán (levantándose de repente).- ¡Más despacio!
 Belina (sorprendida y espantada).- ¡Ay!
 Argán.- ¿Con que así me amáis, señora?

Toñeta.- ¡Ah, el difunto no ha muerto!

Argán (a Belina, que sale).- Mucho me huelgo de ver vuestro cariño y de haber escuchado el buen panegírico que hicisteis de mí. ¡Oportuno aviso al lector y aviso que me hará discreto para el porvenir y me impedirá efectuar muchas cosas que...!

Beraldo (saliendo).- Ya veis, hermano.

Toñeta.- A fe que nunca hubiera yo creído esto. Mas oigo llegar a vuestra hija. Poneos como estabais y oigamos lo que ella dice al creeros muerto. No estorba saber cuáles son los sentimientos de la familia, y así, pues habéis comenzado, continuad.

ESCENA XIII

ANGÉLICA, ARGÁN, TONETA, BERALDO

Toñeta (llorando).- ¡Oh, cielos, qué horror! ¡Qué aciago día!

Angélica.- ¿Qué te pasa, Toñeta? ¿Por qué lloras?

Toñeta.- ¡Ay, qué triste noticia tengo que daros!

Angélica.- ¿Cuál?

Toñeta.- Vuestro padre ha muerto.

Angélica.- ¿Muerto mi padre, Toñeta?

Toñeta.- Sí, vedlo ahí. Ha muerto ha poco, de una debilidad que le asaltó.

Angélica.- ¡Oh, cielos, qué infortunio, qué golpe cruel! ¡Ay! - - ¿Por qué he de perder a mi padre, lo único que me quedaba en el mundo? Y, para acrecer mi desesperación, le pierdo en un momento en que estaba irritado conmigo. ¿Qué será de mí? ¡Ah, qué desgraciada soy! ¿Qué consuelo encontraré a tan gran pérdida?

ESCENA XIV Y ULTIMA

CLEANTO, ANGÉLICA, ARGÁN, TONETA, BERALDO

Cleanto.- ¿Qué tenéis, bella Angélica, y por qué lloráis?

Angélica.- Lloro porque he perdido lo más valioso y querido para mí en la vida; lloro la muerte de mi padre.

Cleanto.- ¡Dios mío, qué desastre y qué inopinado golpe! ¡Precisamente cuando había rogado yo a vuestro tío que hablase en mi favor! Ahora venía yo a tratar, con mis respetuosas súplicas, de que inclinase su corazón a acceder a mis deseos.

Angélica.- ¡Ay, Cleanto, no hablemos de nada ya! Dejemos de pensar en nuestra boda. Después de perder a mi padre, renuncio al mundo para siempre. Sí, padre mío: pues que tanto resistí a vuestros propósitos, quiero al menos - cumplir uno y reparar con eso el disgusto que pude daros. Mi palabra de ello os empeño, padre mío, y quiero besaros para testimoniar mi sentimiento.

Argán (levantándose).- ¡Ah, hija mía!

Angélica (espantada).- ¡Ay!

Argán.- Ven y no temas. No he muerto. Tú eres de mi sangre, tú eres mi verdadera hija y estoy satisfechísimo de haber visto tu buen natural.

Angélica.- ¡Oh, padre mío, qué agradable sorpresa! Ya que el - - cielo, con extrema felicidad, os devuelve a mí, permítidme que me arroje a vuestros pies para suplicaros una cosa. Si no sois favorable a las inclinaciones de mi corazón y me rehusáis a Cleanto por esposo, concededme al menos que no haya de casarme con otro. Es la única gracia que os pido.

Cleanto (arrodillándose).- Señor, dejaos convencer por sus súplicas y las mías, y no os mostréis contrario al mutuo anhelo de una tan dulce atracción.

Beraldo.- ¿Seréis capaz de negaros, hermano mío?

Toñeta.- Seréis, señor, insensible a tanto amor?

Argán.- Si Cleanto se hace médico, consiento en la boda. Sí, ha^{ce}os médico y os daré la mano de mi hija.

Cleanto.- Con gusto, señor. Si sólo de ello depende ser vuestro yerno, me haré médico, e incluso boticario. Poca cosa - es ésa cuando tantas emprendería yo con tal de obtener a la bella Angélica.

Beraldo.- Un pensamiento se me ocurre, hermano mío: que os hagáis médico vos mismo. Aún os sería mayor comodidad tener en vos cuanto os fuere menester.

Toñeta.- Cierto. Ese será el verdadero medio de curaros pronto, porque no hay enfermedad tan audaz que se burle de la -- persona de un médico.

Argán.- Creo, hermano, que os burláis de mí. ¿Estoy acaso en -- edad de estudiar?

Beraldo.- ¡Bah, estudiar! Harto sabio sois y conozco muchos médicos menos inteligentes que vos.

Argán.- Pero hay que saber bien el latín, conocer las enfermedades y entender qué remedios se han de preparar.

Beraldo.- En teniendo el ropón y birrete de médico aprenderéis a todo eso y seréis aún más diestro de lo que queráis.

Argán.- ¿Es que se saben discernir las enfermedades cuando se reviste ese hábito?

Beraldo.- Sí,. En cuanto se habla ostentando toga y birrete, todo charlatanismo se trueca en sabiduría y toda necedad se convierte en razón.

Toñeta.- Además, señor, aunque sólo fuese por la barba que usáis, ya tendríais mucho adelantado; que la barba en este siglo hace la mitad de un médico.

Cleanto.- En cualquier caso, yo estoy dispuesto a todo.

Beraldo.- ¿Queréis que se haga el asunto ahora?

Argán.- ¿Ahora?

Beraldo.- Y en vuestra casa.

Argán.- ¿En mi casa?

Beraldo.- Sí. Tengo en una facultad muchos amigos, que vendrán - muy luego y celebrarán la ceremonia de doctoraros en -- vuestra sala, sin que nada os cueste.

Argán.- Pero, ¿qué diré y qué responderé?

Beraldo.- Se os instruirá en pocas palabras y se os dará por escrito lo que debéis contestar. Id a poneros un vestido - decente, que yo entre tanto llamaré a mis amigos.

Argán.- Bien: veamos lo que sale de aquí.

Cleanto.- ¿Qué queréis significar con esa Facultad de amigos vuestros?

Toñeta.- ¿Qué designios tenéis?

Beraldo.- Divertirnos esta noche. Ciertos comediantes han hecho un entremés relativo a la recepción de un doctor en medicina, con danzas y música, y quiero que nosotros tengamos ese esparcimiento y que sea protagonista de él mi hermano.

Angélica.- Me parece, tío, que os mofáis de mi padre un tanto en exceso.

Beraldo.- Me parece, sobrina, que no es mofarse el plegarnos a - sus fantasías. Todo esto no saldrá de entre nosotros. - Podemos cada uno interpretar un personaje y así nos ofreceremos comedia mutuamente. El carnaval, que ahora empieza, nos lo autoriza. Vamos a prepararlo todo con presteza.

Cleanto (a Angélica).- ¿Consentís?

Angélica.- Sí, puesto que mi tío consiente.